

Ingrid Simson,
Guillermo Zermeño Padilla (eds.)

La historiografía en tiempos globales

Temporalidades del futuro en América Latina: dinámicas de aspiración y anticipación

Foto de la portada:

Pintura de Josef Albers: "Study for a Variant / Adobe",

© The Josef and Anni Albers Foundation / VG Bild-Kunst, Bonn 2020

Ingrid Simson,
Guillermo Zermeño Padilla (eds.)

La historiografía en tiempos globales

edition tranvía · Verlag Walter Frey
Berlin 2020

Bibliografische Information der Deutschen Bibliothek

Die Deutsche Bibliothek verzeichnet diese Publikation in der Deutschen Nationalbibliografie; detaillierte bibliografische Daten sind im Internet über <http://dnb.d-nb.de> abrufbar.

Copyright:

edition tranvía – Verlag Walter Frey

Umschlaggestaltung: Lone Thomasky

Druck: Rosch-Buch, Scheßlitz

ISBN 978-3-946327-24-0

1. Auflage, Berlin 2020

edition tranvía · Postfach 150455 · 10666 Berlin

E-Mail: Tranvia@t-online.de · Internet: www.tranvia.de

Impreso en papel resistente al envejecimiento y libre de sustancia ácida.

Índice

Ingrid Simson, Guillermo Zermeño Padilla	
Introducción: la historiografía en tiempos globales	7

A

La historiografía en un tiempo incierto	35
--	----

Reinhart Koselleck	
¿Para qué todavía la Historia?	37

François Hartog	
<i>Clíó</i> : los nombres de la historia hoy	55

Karl Schlögel	
Cronotopo. Reflexiones sobre la espacialidad de la historia después del “giro espacial”	73

Hans Ulrich Gumbrecht	
¿Qué puede significar “literatura universal” hoy en día?	95

B

Aproximaciones a la historia en tiempos de globalización	101
---	-----

George Zeidan Araújo	
Globalização e história global	103

Fábio Franzini	
A historiografia brasileira em tempos globais: algumas considerações	119

Juan Andrés Bresciano	
La historia global y sus avatares. De los estudios sobre la globalización a los enfoques globalizantes	133

Lizette Mora

La multiplicidad en el discurso historiográfico como síntoma del capitalismo global 167

Luis Ferla

Las humanidades digitales y el oficio del historiador 183

C

Globalización, filosofía, historia y antropología 195

Francine legelski

Modernidade, presentismo e perspectivismo ameríndio – Um ensaio de epistemologia comparada das humanidades 197

Federico Navarrete Linares

Hacia una cosmohistoria: las historias indígenas más allá de la monohistoria occidental 227

D

La historia global en movimiento 253

Stefan Rinke

La historia de América Latina como puente entre la historia global y los estudios regionales 255

Ingrid Simson

Los desafíos de la historiografía en tiempos globales: verdades, ficciones, anécdotas, el *flâneur* y la obra maestra inacabada de Walter Benjamin 275

Guillermo Zermeño Padilla

De lo global a lo postnacional: el caso de *Iberconceptos* 303

Autoras y autores 319

Introducción: la historiografía en tiempos globales

*Ingrid Simson (Freie Universität Berlin),
Guillermo Zermeño Padilla (El Colegio de México)*

La historiografía se mueve constantemente junto con la historia que estudia, y con el lugar histórico donde se elabora. Michel de Certeau

Las palabras importan, pese a su ambigüedad, porque ellas determinan cómo concebimos nuestro trabajo. El término ‘mundo global’ es una de las maneras de nombrar las transformaciones que afectan a la historiografía actualmente. Hoy, más que nunca, vivimos bajo el influjo de múltiples culturas, en un mundo interconectado donde lo que sucede en una región del globo afecta a las demás, y los logros de unos pueden ser los descabros de otros. Detrás han quedado las bipolaridades que daban sentido a las interpretaciones del pasado, así como la visión del mundo como una gran máquina que jaloneaba a algunos países como si fueran compañeros de viaje y a otros como si fueran lastres.

Al examinar la literatura historiográfica producida en las últimas tres o cuatro décadas, llama la atención el número creciente de publicaciones enmarcadas por los términos ‘global’ y ‘globalización’. En efecto, siguiendo la tendencia mundial hacia la interconexión de las diversas regiones del globo —las cuales ya no dependen exclusivamente de la navegación, el transporte terrestre o la aeronáutica del siglo XX, sino de la creación del espacio cibernético—, en el seno de la historiografía internacional ha ido surgiendo una nueva denominación: la *global history* o historia global, la cual proviene del contexto angloamericano y ha llevado a la creación de nuevas revistas especializadas (p.ej. el *Journal of Global History* en 2006) e incluso de asociaciones internacionales¹ desde principios del siglo XXI. En la actualidad, la historia global está ganando terreno tanto en las instituciones universitarias como en la investigación histórica. Además de los programas de historia global que están siendo inaugurados en las universidades de todo el mundo, cada vez hay más investigadores, estudios y proyectos dedicados a temáticas históricas que van más allá de las fronteras nacionales y se enfocan en la historia global, sus enlaces, movimientos y circunstancias. Se trata de una

¹ Como, por ejemplo, la Global Studies Association. Véase también Sachsenmaier 2011.

transformación radical tanto de los temas como de la perspectiva, la cual le debe mucho a los conocimientos adquiridos por la teoría histórica en las últimas décadas.

Sin embargo, quienes contribuyen a esta corriente aún no han llegado a un consenso acerca de los compromisos intelectuales que conlleva este nuevo campo historiográfico, sobre todo en relación con el desarrollo de metodologías sólidas y novedosas.² Al mismo tiempo, los términos ‘global’ y ‘globalización’ se han convertido en moneda de uso corriente, al grado que hoy es casi imposible no encontrar en los diarios y en las noticias historiográficas algún tipo de alusión a lo “global”. La denominación se ha vuelto tan invasiva que acaba por oscurecer su sentido y su pertinencia.³

Lo único que puede afirmarse con certeza es que un conjunto de eventos y dinámicas sociales y temporales relativamente recientes han terminado por pulverizar significativamente las predicciones o previsiones vigentes al menos hasta los años setenta del siglo pasado. Muchas de estas expectativas estaban cimentadas todavía en la palabra ‘Historia’, una noción mayúscula que en una de sus acepciones remite al proceso general en el que se inserta otro término de corte universalista: la ‘Humanidad’. A la sombra de esa Historia concebida como un hecho universal, ha germinado la ‘historia’ con minúscula, una noción conformada a partir del siglo XVIII como una disciplina científica enfocada en la investigación del pasado, un proceso en el que los historiadores no han dejado de resignificar pasados, dotándolos de nuevos contenidos con base en las inquietudes y cuestionamientos surgidos a partir de cada uno de los presentes correspondientes. Si la aparición de la historia social y económica está relacionada con el surgimiento de nuevos movimientos sociales y las recurrentes crisis económicas del primer tercio del siglo XX, habría que preguntarse a qué obedece el surgimiento de la historia global durante las últimas décadas y qué consecuencias tiene o tendrá para la historiografía.

Lo primero que llama la atención es que la cuestión en torno a la naturaleza de la historia global sigue abierta.⁴ ¿Cómo distinguirla, por ejemplo, de la historia universal o de la historia mundial? ¿Qué relación hay entre la historia global y la globalización? Un primer análisis de estas nociones deja ver una cierta confusión y vacilación en su uso. No parece haber diferencias

² Véase, por ejemplo, Mazlish 2006.

³ Para una revisión bastante completa, véanse Fazio 2011; Fazio et al. 2015.

⁴ Sobre la historia global en general, véanse Mazlish, Iriye 2005; Conrad et al. 2007; Hopkins 2006; Gills, Thompson 2006; Zemon Davis 2008.

notables entre las nociones de historia global, historia de la globalización, historia mundial e historia universal⁵: cada autor, cada historiador, parece desarrollar una forma distinta de entenderlas.⁶ Incluso el mismo concepto de globalización carece de una definición unánime y continúa en disputa. No se ha llegado a un consenso en torno al inicio de la globalización o a la mejor forma de ordenar los distintos procesos globales.⁷

En la interesante compilación de Mike Featherstone *Global Culture: Nationalism, Globalization and Modernity: a Theory, Culture and Society*, de principios de los años noventa del siglo pasado, en particular en el ensayo de Roland Robertson “Mapping the Global Condition: Globalization as the Central Concept”, se advierte la entrada del concepto ‘global’ en el lenguaje de la sociología como expresión a favor o en contra de la dinámica de la economía-mundo, la cual refleja una crisis de la sociología tal como fue concebida en el siglo XIX.⁸ A diferencia de trabajos como el de Wallerstein⁹, que tienen un énfasis particular en la dimensión económica, en Robertson prevalece una reflexión sobre el significado de la modernidad, sin la cual no es posible entender las dos corrientes políticas dominantes del siglo XX, el socialismo o comunismo y el capitalismo democrático o liberal. En esa dirección, la semántica de la globalización contemporánea remite a la geopolítica o establecimiento de un nuevo orden mundial. Historiográficamente su impacto se revela en una discusión en torno al origen histórico de la globalización y al establecimiento de un marco de comparación entre la globalización actual y las “globalizaciones” anteriores.¹⁰

Para historiadores como Bruce Mazlish, solo se puede hablar con propiedad de globalización en la época contemporánea¹¹. Otros piensan que la globalización es intrínseca al movimiento natural de los entrecruzamientos

⁵ Véase Reichardt 2010, sobre todo 25-29.

⁶ Por ejemplo, Markus Völkel considera equivalentes los términos ‘historia universal’ e ‘historia global’ en su libro introductorio *Geschichtsschreibung* (Historiografía). Así y todo, la obra tiene como subtítulo “Una introducción a partir de una perspectiva global”. Véase Völkel 2006. Las traducciones de los títulos y las citas de fuentes alemanas son traducciones de los autores si no se indica de otra manera.

⁷ Véanse Reichardt 2010; Niederberger, Schink 2011; Rehbein, Schwengel 2008; Osterhammel, Petersson 2019.

⁸ Al respecto, véase Preyer 2016.

⁹ Véase p.ej. Wallerstein 1999 y 2004.

¹⁰ Véanse Osterhammel 2001; Conrad 2013.

¹¹ Mazlish 2005; Geyer, Bright 2005.

constantes entre pueblos y culturas, y, por tanto, se trataría de un fenómeno presente en todos los periodos de la historia.¹² Entre ambas posturas se sitúan Jürgen Osterhammel y otros teóricos de la globalización, para quienes dicho fenómeno es indisociable de la era de los “descubrimientos”.¹³ Así, por ejemplo, C. A. Bayly acuñó la noción de “archaic globalization” en *The Birth of the Modern World, 1780-1914* (2004: 27-48), una obra de referencia sobre historia global. Dentro de una discusión que podría extenderse *ad infinitum*, historiadores como Osterhammel y Peterssen (2019) o Conrad y Eckert (2007) hacen una sugerencia para definir la especificidad de la actual globalización y su impacto en la historiografía. Ellos proponen que es necesario distinguir entre la globalización como proceso de larga duración y la globalización como configuración de un nuevo espacio de experiencia. Coinciden en señalar que los procesos de globalización pueden tener una historia de larga duración, no así la “perspectiva” o modo de mirar y dar cuenta de la historia de un modo global o sistémico. Los ensayos que hemos seleccionado para la apertura de este libro dan cuenta de la crisis de las viejas formas y la aparición de nuevas formas de experimentar el tiempo y de mirarlo históricamente. Nos parece que es ahí donde se sitúa el punto central de este debate desde el punto de vista de la historiografía y la epistemología de la historia.

Independientemente de dónde se sitúe el posible “origen” de la globalización actual, hay que tener en cuenta que se trata del surgimiento de un concepto reciente y, como toda semántica, está inscrito en la polivalencia y la polémica. Además, su emergencia también es una respuesta a los nuevos desafíos desencadenados por la nueva reconfiguración del orden mundial. De hecho, su uso comenzó a tener relevancia en los medios intelectuales y empresariales y en los medios masivos de comunicación solo a partir de la década de 1980. Por eso, en sentido estricto, solo es posible hablar de globalización en el periodo reciente. En ese contexto aparecen las diversas reacciones a la globalización tanto en la historiografía como en la política internacional y otras áreas de estudio. Robertson lo sintetizó así: el término ‘globalización’ designa básicamente la emergencia de un nuevo tipo de conciencia histórica concerniente a “la estructuración del mundo como un todo” (Robertson 1990: 20). Lo anterior no implica desconocer que a lo largo del tiempo pudo haber otras clases o modos de entrecruzamientos globales determinados por confrontaciones militares o políticas, pero también cosmológicas y culturales, religiosas y seculares. Bastaría recordar la forma como Polibio,

¹² Véanse, por ejemplo, Frank 1998 y Frank, Gills 1993.

¹³ Véase Osterhammel, Peterssen 2019: 24-27.

en el contexto del imperio romano, tematizó por primera vez la conexión entre las diferentes regiones que lo conformaban (Hartog 2014: 17, 248-249).

Asimismo, en medio de las dificultades para definir el campo de la historia global, Bruce Mazlish apuntó con razón que no debía confundirse esta clase de historia con la historia mundial (*world history*). Al respecto, Jerry Bentley, editor del primer *Journal of World History* en 1990, escribió que “many powerful historical forces simply do not respect national or even cultural boundary lines, but work their effects instead on a regional, continental, or global scale” (Bentley 1990: IV), una forma que en la historiografía francesa asumiría la denominación de “histoire connectée” (Bertrand 2010). Sin embargo, para otros historiadores como Osterhammel y Petersson no se deberían confundir ambos tipos de historia. Lo que las distinguiría sería el desarrollo del arte de la comparación y del establecimiento de las diferencias, más que el de los “contactos”. Mientras en la primera se realiza el análisis comparado entre civilizaciones “a lo largo y ancho del mundo”, en la segunda se intenta establecer “la historia de los vínculos e interacciones entre civilizaciones” (2019: 18-19).¹⁴ En esa dirección habría que ubicar seguramente los esfuerzos de historiadores como William McNeill o Fernand Braudel y su aspiración de escribir una “historia total” de *longue durée* realizados a mediados del siglo XX.¹⁵ Más tarde se sumarían a esta discusión enfoques provenientes de la crítica poscolonial y los estudios de la subalternidad que buscan sobrepasar el umbral de un cierto eurocentrismo dominante todavía durante la primera mitad del siglo XX.¹⁶

La historia universal, en cambio, supone un acercamiento histórico-filosófico que trata de encontrar regularidades en los procesos civilizatorios, lo cual presupone a su vez las convenciones habituales para periodizar la historia.¹⁷ Sin embargo, se podría añadir que el ciclo de las historias universales se cerraría, teóricamente, con la aparición de obras críticas *La miseria del historicismo* de Karl Popper o el ensayo “Raza e historia” de Claude Lévi-Strauss, planteamientos que abren la posibilidad de pensar y escribir la historia —sobre todo cuando se pone en juego la comparación entre culturas diversas— sin caer en los determinismos y proyecciones establecidas por la historiografía y las filosofías de la historia del siglo XIX, las cuales eran fundamentalmente de corte evolucionista y nacionalista. Por eso, textos re-

¹⁴ Véase aquí también Mazlish 2005.

¹⁵ Para un intento de reivindicar la *longue durée*, véase Lee 2018.

¹⁶ Para la historia de la historia mundial, véase Conrad, Eckert 2007: 9-14.

¹⁷ Véase Zemon Davis 2006.

cientes como *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial* de Samuel Huntington no hacen sino despertar de su letargo discursivos añejos. Por otra parte, en el marco de la nueva reconfiguración temporal implicada en la actual globalización, cabría pensar por el contrario que, como diría Hans Blumenberg, solo ahí “donde está excluida la consecución de una meta” es posible obtener una visión más justa y comprensiva sobre lo que pasa o pudo haber pasado en la historia (Blumenberg 1995: 13).

Con ello se entra en un espacio de reflexión teórica de mayor complejidad que pone a revisión la cuestión de las formas narrativas teleológicas acostumbradas en la historiografía, el cual requiere a su vez repensar las bases tradicionales de la epistemología moderna de la historia. Algunas de sus premisas sustantivas giran en torno a las ideas de progreso y civilización, tópicos, como sabemos, de origen occidental, que fueron transformados y secularizados durante el siglo XIX, y una vez desprovistos de su épica religiosa fueron resacralizados (Weber) para afianzar el control de los seres humanos sobre la naturaleza y las sociedades. Esta filosofía convirtió el futuro en *telos* y destino de toda historia posible, una meta que por diversas razones nunca acaba de cumplirse, dando pie a una crisis profunda del pensamiento occidental definida como “crisis de la razón histórica” (Raymond Aron) o “crisis de las filosofías de la historia”, cuyos últimos exponentes fueron Spengler y Toynbee, antes de ser reactivada recientemente de forma simplista e ideológica por parte de Huntington. Al mismo tiempo, surgieron nuevas apuestas intelectuales críticas como las de Lukács, Adorno y Horkheimer, Habermas y Luhmann, aunque estas no sean equiparables del todo en cuanto a su alcance, consistencia y profundidad.

En cuanto a la historiografía, el surgimiento de la historia global ha significado sin duda un nuevo impulso para reactivarla y seguramente también para reorientarla.¹⁸ Esto último en la medida que tiende a enfatizar las comparaciones y las conexiones entre culturas y tiempos diversos, así como la búsqueda de nuevas miradas sobre temáticas en general bien conocidas o establecidas como, por ejemplo, la perspectiva transnacional o el reconocimiento cada vez más generalizado de la nación como un constructo social y político cuya configuración tiene sus bases en lo simbólico.¹⁹ De relevancia son también aproximaciones historiográficas sobre la historia de las transferencias y los intercambios culturales, de ida y vuelta, entre un polo y el otro, así como la reconceptualización de ciertas categorías epistemológicas

¹⁸ Véase O’Brien 2006.

¹⁹ Véase las contribuciones sobre la temática en Budde et al. 2006.

consideradas como inmutables o “naturales”. Algunos, como Franziska Metzger, constatan en ese sentido una tendencia a la “pluralización de los ángulos visuales” (Metzger 2011: 260), reforzando con ello lo que constituye el desarrollo de una perspectiva poscolonial.

En este libro la cuestión se centra en las relaciones epistémicas establecidas entre el polo occidental europeo dominante y lo que podría ser una perspectiva latinoamericana, en principio marcada por el sello de una posición periférica o de subalternidad. ¿Cómo se dibujan o podrían dibujarse dichas relaciones en principio asimétricas en el marco de la globalización? Los efectos de dicha reorientación historiográfica tienden a ser cada vez más evidentes entre los historiadores, no solo entre los latinoamericanistas, como se refleja en varios títulos recientes.²⁰ En Costa Rica acaba de aparecer el libro *Historia global y circulación de saberes en Iberoamérica. Siglos XVI-XXI*, editado por David Díaz Arias y Ronny Viales Hurtado (2018). La revista *Historia Crítica* de la Universidad de los Andes dedicó un número especial a reflexionar sobre diferentes problemas históricos analizados desde la perspectiva de la condición de globalización del mundo (vol. 69, julio de 2018). La *Revista de Estudios Sociales*, de la misma universidad colombiana, dedicó un dossier a esta problemática y sus efectos en la historiografía y la sociología (vol. 65, julio de 2018). El ensayo de Fernando Ainsa, “Más allá de la globalización: hacia la segunda mundialización de América Latina”, de 2012, es un buen ejemplo de una vertiente crítica al respecto. En 2018 apareció también en español la síntesis de Bernd Hausberger *Die Verknüpfung der Welt. Geschichte der frühen Globalisierung vom 16. bis zum 18. Jahrhundert* (“La conexión del mundo. Historia de la globalización temprana del siglo XVI al siglo XVIII”, 2015), con un título más neutro: *Historia mínima de la globalización temprana*.

En este último texto, Hausberger discute con historiadores no latinoamericanistas, principalmente con Christopher Bayly, Patrick O’Brien y Jürgen Osterhammel, y adopta explícitamente la perspectiva de Fernand Braudel e Immanuel Wallerstein para presentar una especie de prehistoria de la actual globalización situada en el ciclo del llamado descubrimiento americano o del nuevo mundo.²¹ En esta y otras publicaciones similares existe una apuesta por situar el origen de la globalización en curso en el siglo XVI, lo cual implica trazar una línea de tiempo larga y entrar en discusión con quienes sitúan

²⁰ Véase Caspistegui 2012.

²¹ Algunos trabajos anteriores que pueden ser leídos como complementarios son Hausberger 2006; Böttcher et al. 2011 y Hausberger, Ibarra 2014.

su génesis en procesos de colonización posteriores, en particular el de las islas del Pacífico en el siglo XVIII. El enfoque de Hausberger recuerda en cierto modo intentos historiográficos similares que se dieron durante la década de 1940²², coincidentes con la búsqueda de la explicación histórica del origen de las modernizaciones y proyectos de desarrollo establecidos al término de la Segunda Guerra Mundial; una modernidad que remitía en último término al “Renacimiento” europeo, fabricación historiográfica que sirvió para establecer los linderos que separaban la Edad Media de la Moderna, y que Jakob Burckhardt consagraría durante el último tercio del siglo XIX.

En todo caso, esta clase de explicaciones presupone explícita o implícitamente una teoría histórica más general, sociológica o antropológica, articulada sobre un set de pivotes conceptuales de carácter evolucionista como ‘progreso’ y ‘civilización’. Es interesante observar además que las nociones de ‘globalización temprana’ y ‘modernidad temprana’ anticipan tácitamente una globalización tardía, reabriendo la cuestión acerca de lo que caracterizaría la actual globalización en comparación con las anteriores. Con respecto a dichas teorías subyacentes no está por demás recordar que los trabajos antropológicos de Ralph Linton y Robert Redfield, por ejemplo, tuvieron bastante impacto en el desarrollo de la antropología indigenista que estuvo en auge durante las décadas de 1920-1940 en México.²³ Y se puede advertir además que algunas de sus premisas teóricas fueron utilizadas por William H. McNeill para delinear el desarrollo de una nueva *world history* construida a partir de la noción de ‘interacción’ o ‘encuentro’ entre pueblos con diferentes culturas. Dichas nociones servirían, como sabemos, para encuadrar las celebraciones oficiales del descubrimiento de América en 1992 como un “Encuentro entre dos mundos”.

El mismo Braudel utilizaría dichas nociones para dibujar la formación de *world systems* o mundos construidos por el comercio y la cultura. En esa clave puede leerse también el sugerente ensayo de Marcelo Carmagnani que intenta mostrar la otra cara de la conquista o *El otro Occidente* (2004), en el que, no obstante, Occidente y Europa siguen siendo las variables dominantes al establecer relaciones con “otras culturas”. Esto significa que en el modelo braudeliiano el tiempo principal sigue siendo el tiempo de Europa por más que este se estire y se pluralice espacialmente entorno al Mediterráneo, el principal protagonista de la narrativa histórica. Al final, este proyecto his-

²² Véase, por ejemplo, Hansen 1940.

²³ Algunos textos de estos autores son Linton 1942; Linton 1945; Redfield 1930; Redfield 1941; Redfield 1953.

toriográfico trataba de recuperar de otra forma la historia de la expansión europea y del capitalismo, sin cuestionar a fondo el problema inherente a una noción de historia universal vista todavía como sinónimo de historia global.²⁴

Si regresamos al enunciado pronunciado por los europeos del siglo XVI de haber “descubierto un nuevo mundo”, dicha “novedad” solo se entiende desde la perspectiva europea. Presupone a la “Europa” de entonces. Lo “nuevo” es nuevo para “Europa”, no tanto para los habitantes de la tierra “descubierta”. En ese contexto es impensable describir dicha novedad como “global”. Y es que la noción de *globus*, proveniente del latín, designa un objeto esférico o redondo como un cuerpo celeste. Solo secundariamente adquiere el significado de tierra. En ese sentido, lo global no es más que una metáfora de carácter espacial cuyo uso generalizado deja ver el oscurecimiento de su contraparte: la temporalidad. Una mirada global, más que temporal, presupone la posibilidad de alejarse de la superficie terrestre para poder visualizar la redondez de la esfera como tierra espaciada. Esta posibilidad presupone al menos el desarrollo de la aeronáutica, la cual ha sido recreada literariamente por Julian Barnes en *Levels of Life* (2013). Presupone la capacidad de elevarse por encima del planeta para poder verlo desde la distancia y observar cómo el mundo funciona de manera sincrónica. Esta posibilidad se plasma con el establecimiento de una misma señal horaria para todas las regiones del mundo²⁵, como ocurrió el primero de julio de 1913 desde la Torre Eiffel.²⁶ Por otro lado, el alcance de los medios de comunicación de masas como el cine y el teléfono permiten sincronizar miradas, oídos distantes espacialmente; gracias a la técnica cinematográfica se puede mostrar al mismo tiempo acciones desarrolladas en espacios desconectados. De manera análoga, se puede decir que la nueva condición de lo global abre el campo de visión del historiador y le permite observar cómo realiza sus observaciones sobre el pasado, las cuales siempre están en tensión con el presente. El historiador simultaneiza en su historia dos eventos separados, o tres o cinco. Pone en relación acciones que se desarrollan en espacios distintos, pone en escena diferentes planos, compone una escena, un cuadro, comparable a los planos de la pintura, la escultura y el teatro, pero también equiparable al surgimiento de la inteligencia artificial que ha desplazado y redimensionado las

²⁴ Véase Hartog 2014: 243-306.

²⁵ Véase Kern 1983: 12.

²⁶ Comentado en Benet 2004.

diversas clases de ingeniería —industrial, política, de alimentos, urbanística, de la construcción, etc.—.

Estos son quizás solo algunos aspectos que pueden hacernos comprender en qué consiste la particularidad teórica y metodológica de la historia global, la cual implica desarrollar la capacidad de mirar transversalmente y lograr, hasta cierto punto, la ubicuidad. La mirada nacional y etnocéntrica se relativiza al desarrollar la capacidad de divisar simultáneamente fenómenos locales aislados y, de esa manera, enfocar lo local desde lo global. El tiempo, al comprimirse, permite observar una tierra conectada. Satélites en la atmósfera. Amenazas nucleares compartidas. Invasiones ecológicas y militares. Chernobyl. La guerra de Irak. Corporaciones multinacionales. Consumismo global. Derechos humanos. Cultura global. Música. Vestido. Fútbol. Suma de presencias y combinatorias. Lo que pasa en un lugar afecta a otro, si bien los contextos locales de recepción son distintos. Es una perspectiva virtual más que una “realidad” física observable en primer plano.

La ‘globalización’, como concepto espacial, apela entonces más a una noción de transversalidad; de ahí que la emergencia de la historia global se relacione con las ideas de contacto, conexión, encuentro, y no tanto con la noción de secuencialidad dominante en las historiografías fabricadas por las modernidades nacionalistas.²⁷ Esto explica la organización de encuentros de historiadores sobre la cuestión de las teleologías²⁸, o la aparición de sociedades internacionales que se enfocan en el diseño de nuevas historias globales. La transversalidad es una categoría espacial: espacios conectados en una simultaneidad temporal virtual. Esta capacidad de volver simultáneo lo no simultáneo no existía en la época de Kant cuando se proyectaron los esquemas epistemológicos para dar cuenta de las historias desde la perspectiva del mundo moderno que estaba entonces emergiendo. Actualmente, lo que domina son espacios conectados temporalmente a una mayor velocidad. No es posible entender tampoco la transversalidad espacial sin la aceleración temporal.

En el siglo XVI no existían las condiciones para vivir en una época de globalización en el sentido del mundo actual. Su emergencia se debe sin duda a factores científicos, tecnológicos y económicos. Pero también a factores políticos: el fin de la guerra fría, la competencia entre dos modelos que llevó a la competencia satelital. El declive de la utopía comunista dio paso a la apertura de la sociedad global. La modernización fue inicialmente una im-

²⁷ Véase Bertrand 2010.

²⁸ Véase, por ejemplo, Hunt 2014.

posición occidental. Algunos ven la globalización como una “americanización”, pero este proceso puede ser visto también como un proceso sin centro en el que todos los participantes pueden crear una nueva “civilización”. Hay participantes más importantes, desde luego, pero no es una globalización preordinada o predicha; es la primera vez que hay esta conciencia de la contingencia y lo incierto de los asuntos humanos.

Es en ese contexto que puede decirse que la historiografía contemporánea experimenta una transformación a nivel global. El paradigma del Estado nación como referente de la historiografía moderna ha dejado de ser evidente. Su lugar ha sido ocupado progresivamente por nuevas exploraciones, experimentaciones y dislocaciones que anuncian nuevas posibilidades para la comprensión de la historia. Estamos inmersos en un mundo cambiante que algunos autores han descrito como un cambio de régimen de historicidad o en la experiencia del tiempo (Hartog). Las nuevas redes de comunicación y la transformación de la geopolítica mundial dejan ver la disolución no solo de las antiguas fronteras geográficas, sino también de las divisiones tradicionales entre las disciplinas humanas, sociales y naturales. El entorno en el que se desarrolla nuestra actividad científica ha sufrido modificaciones sustantivas que nos obligan a establecer nuevos diálogos dentro y fuera de nuestras disciplinas. El momento historiográfico actual, marcado por la globalización, ha llevado a los historiadores, entre otras cosas, a poner en el centro de la reflexión la temporalidad y sus relaciones con la sociedad y la historia. Lo que anteriormente constituía solo una premisa implícita en el quehacer de la historiografía se ha transformado en una cuestión vital.²⁹

*

El desafío de habitar un presente globalizado ha sido entonces la ocasión para hacer de la historiografía una actividad más reflexiva.³⁰ Este fue el motivo principal que nos llevó a los coordinadores de este libro a organizar el simposio “La historiografía en tiempos globales” en el marco del XVII Congreso de la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos (AHILA) en Berlín en 2014. Y conviene añadir que esta reunión buscó dar continuidad a un simposio anterior organizado en 2004: “Pasados post-nacionales: historia más allá de los Estados nación”. En esa ocasión, la principal inspiración para la convocatoria provino de Hans-Joachim König,

²⁹ Véase Valero, Zermeño 2017.

³⁰ Véase Dosse 2012.

quien ya en ese entonces veía la necesidad de realizar esta clase de reflexiones desde América Latina. En ese sentido, esta publicación quiere rendir un pequeño homenaje a su labor como formador e impulsor de la historiografía latinoamericanista reflexiva.

En este libro se recogen algunas de las ponencias revisadas y ampliadas del congreso de 2014, las cuales ponen en primer plano las relaciones entre historiografía y globalización en su doble dimensión: por un lado la historia a la vez como devenir, proceso, y como narración, escritura; por el otro, la globalización como una categoría espaciotemporal o histórica y como signo de una época que tensiona la producción intelectual en la que entran en juego múltiples saberes, entre ellos la historia, la literatura, la sociología, la ciencia política, la antropología, las ciencias jurídicas, la filosofía, la medicina, la filología, el arte y las ciencias en general. Se trataba básicamente de abrir un espacio para reflexionar sobre el impacto que ha tenido la nueva situación mundial, la cual ha sido caracterizada por algunos historiadores y sociólogos como la entrada en una dinámica de aceleración temporal dominada por un presentismo presentista (Hartog 2010), y ha trastocado las coordenadas espaciotemporales que dieron lugar a la emergencia y consolidación de la h(H)istoria en su doble acepción —como proceso y como conocimiento— durante los siglos XVIII y XIX, sin ignorar que la historiografía funciona como indicio de las distintas problemáticas de cada uno de los presentes históricos. Así, algunas de las preguntas que guiaron el encuentro fueron las siguientes: ¿Qué significa escribir historia en el marco de una nación en un mundo globalizado? ¿Qué tan válida puede ser la comparación entre estructuras y procesos culturales diferenciados si se consideran las perspectivas sincrónicas y diacrónicas propias de la historia? ¿Cómo influye la globalización en el discurso historiográfico? ¿Cuáles son las condiciones del discurso historiográfico que se ven afectadas por una historiografía global? ¿Requieren las formas narrativas de la historia global acudir a nuevos formatos discursivos para dar cuenta de esta nueva complejidad?

Ahora bien, durante la preparación del libro decidimos enriquecer las diversas contribuciones del congreso con la inclusión de cuatro ensayos de historiadores que se han planteado en su obra problemas nodales de la investigación histórica: las relaciones y la coordinación entre el espacio y el tiempo; la representación y sus formas cambiantes; y las formas y estructuras semánticas que acompañan a los actores y dan sentido a sus acciones y a sus historias.

Iniciamos con una pregunta que no ha dejado de apremiar a los historiadores del siglo pasado y del actual³¹: ¿Por qué es importante la historia para el presente de las sociedades? Por esta razón decidimos empezar con un texto

temprano de Reinhart Koselleck escrito en 1970. Si bien su escritura responde a circunstancias que han cambiado —la RDA ya no existe, por ejemplo—, lo consideramos pertinente y vigente frente a los desafíos actuales de la historiografía. En *¿Para qué todavía la Historia?* Koselleck retoma algunas consideraciones del texto clásico de Friedrich Nietzsche *Sobre la utilidad y el perjuicio de la Historia para la vida* (*Vom Nutzen und Nachteil der Historie für das Leben*, 1874). Un siglo después, Koselleck, representante insigne de la *Begriffsgeschichte* alemana, hace suya la cuestión acerca de si la Historia, concebida como una categoría metahistórica producto de la modernidad occidental, *todavía* tenía relevancia para el presente. En el centro de sus apreciaciones, se advertirá, está la crítica a una concepción instrumentalista de la historia reducida a procedimientos dependientes, en lo fundamental, de las metodologías y teorías de las ciencias sociales. Por eso su cuestionamiento gira en torno al esclarecimiento de la identidad o especificidad de la historiografía conformada como una disciplina académica (*Geschichtswissenschaft*), si bien suele cultivarse por igual en otras disciplinas afines. Una disciplina que, en suma, ha pospuesto o prestado poca o nula atención a su esencia: la pregunta por las relaciones de temporalidad propias y ajenas.

Por eso, sus reflexiones parten de la crisis del historicismo y la filosofía de la historia debido al incumplimiento de sus promesas y expectativas. Sucesivas catástrofes humanas, sociales y medioambientales así lo atestiguan. En esa tesitura se pregunta por lo que la historiografía *todavía* puede ofrecer al conocimiento de sociedades fundadas históricamente. El uso adverbial del *todavía* es una forma de buscar un futuro para la disciplina o, si se quiere, una manera de renovar su actualidad. Una de las apuestas de Koselleck consiste en reintroducir en la práctica investigativa y docente la posibilidad de elaborar una teoría de la historia propiamente histórica (no filosófica ni historicista), que estribe principalmente en el esclarecimiento de su objeto y su método de estudio; un esfuerzo “teórico” similar al de otros campos del saber, como la física, las matemáticas, la sociología, la antropología, el arte o la literatura. Se trata básicamente de pensar y esclarecer aquello que configura lo histórico: el sentido del tiempo y sus diversas modalidades de articulación vinculadas a la espacialidad. El uso del “*todavía*” indica también que se trata de un problema no resuelto que sigue vigente. En este sentido, la traducción de este ensayo y su inclusión en esta compilación es una forma de recordar que la crisis de la historia enmarcada por la globa-

³¹ Véanse, por ejemplo, Laurentin 2010; Gruzinski 2015; Hunt 2018.

lización no nació ayer³², sino que es constitutiva de los senderos que condujeron a la profesionalización de la historia desde el siglo XIX. Así, si la historiografía ha dejado de ser evidente en sus formas discursivas historicistas, lineales y progresistas, se abre el compás para pensar en sus alternativas críticas fundadas historiográficamente. Por esa razón nos parece que este primer ensayo funciona como un buen punto de partida para los que vienen a continuación.

En buena medida, el ensayo de François Hartog, *Clío: los nombres de la historia*, hoy da continuidad a las reflexiones críticas de Koselleck desde el ámbito francés. Sin embargo, también lo enriquece y lo complementa, ya que toma en consideración acontecimientos más recientes: la crisis europea de 1989 y el fin de una de las últimas utopías emanadas de la modernidad. No obstante, una de las particularidades del ensayo es que sitúa la coyuntura actual en un contexto más amplio relacionado con la evolución de los nombres de la “Historia” y sus transformaciones semánticas, dotando así el análisis de la particularidad de nuestro presente de una mayor profundidad temporal. El principal cambio advertido por Hartog tiene que ver con el vuelco hacia la memoria en detrimento de la historiografía. A partir de varias ilustraciones, muestra cómo la vieja *Mnemosyne*, la madre de todas las musas, ha terminado por ocupar el lugar de la hija, *Clío*, la musa encargada tradicionalmente de repartir la gloria y la fama de cara a la posteridad; cómo la Memoria tiende a sustituir a la Historia, una figura que en el siglo y medio pasados llegó a convertirse en una religión de Estado. A la luz de los acontecimientos y catástrofes del siglo pasado, la historia, mito de la modernidad, ha ido cediendo su lugar a favor de los imperativos de la memoria; a favor de recordar olvidos imposibles de olvidar. Este declive de la Historia y la pérdida de su aura toca además una de sus fibras más sensibles: su pretensión de universalidad. Todo ello es a su vez una expresión, como lo ha destacado Hartog en otros de sus trabajos, de la crisis o descomposición del régimen futurista de temporalidad historicista, y la entrada en una nueva agenda de preguntas que conciernen, con toda seguridad, no solo a Europa sino también a regiones no “occidentales”. De esa manera, en el marco de la globalización la historiografía está invitada a repensarse, no solo en relación con la memoria sino también en relación con su propio quehacer.

³² Después de concluir la traducción de este ensayo nos enteramos de otra traducción del mismo texto, publicada por José Luis Villacañas en *Esbozos teóricos. ¿Sigue teniendo utilidad la historia?* (Koselleck 2013). La versión publicada en este libro fue tomada de la compilación *Vom Sinn und Unsinn der Geschichte. Aufsätze und Vorträge aus vier Jahrzehnten*, editada por Carsten Dutt. Véase Koselleck 2010: 32-51.

Si la historiografía ha dejado de ser solvente en su discurso historicista lineal y progresista, se abre la compuerta para pensar en sus alternativas tanto críticas como historiográficas. Esto queda claro en el artículo de Karl Schlögel, *Cronotopo. Consideraciones sobre la espacialidad de la historia después del “giro espacial”*, en el que recapitula su experiencia como historiador, sobre todo en relación con la irrupción de lo que se conoce como el “giro espacial”. Una de las riquezas de estas consideraciones es que transmiten reflexivamente la experiencia de Schlögel en dos planos: por un lado, un balance crítico de la literatura sobre el regreso del espacio a las ciencias sociales y las humanidades; y, por el otro, un balance crítico de la literatura que se ha propuesto enfrentar el problema de la inclusión del espacio en sus formas de narrar o de contar la historia, sobre todo en el siglo XX. Al hacerlo, entra en un diálogo crítico con las tradiciones heredadas, advirtiendo a la vez que este “regreso” del espacio responde específicamente a los movimientos sociales de las últimas décadas. Este nuevo escenario, el establecimiento de este nuevo orden mundial (global), ha generado las condiciones para revalorar y repensar la espacialidad desde el punto de vista del observador comprometido con su presente —el historiador y el científico social en general—, un cambio de óptica que le ha permitido reescribir la historia y explorar nuevas formas narratológicas que den cuenta de las relaciones espaciotemporales más allá de las narrativas lineales ahí donde tienen lugar las elaboraciones del discurso de la historia. Otro elemento a destacar es la forma como se realiza este trabajo de autoesclarecimiento al mostrar cómo se conecta una práctica teórica y metodológica con el carácter de las fuentes o los materiales de trabajo. Para Schlögel la reflexión metodológica y teórica se cocina, adquiere forma y sentido, dentro del mismo proceso de investigación, en la confrontación con las resistencias, límites y posibilidades ofrecidas por el múltiple y polisémico carácter de las fuentes de la historia. La posibilidad de espacializar la historia emerge del objeto mismo y no meramente de la cabeza del observador-historiador.

Por su parte Hans Ulrich Gumbrecht, en su ensayo *¿Qué puede significar “literatura universal” hoy en día?*, nos propone una alternativa para pensar la globalización no desde la historiografía sino desde el campo literario, inspirada en parte en la naturaleza y el estado de ánimo propio de nuestro presente: un mundo en el que nada es necesario o predeterminado (todo es relativo) y nada es imposible (todo está al alcance). Gumbrecht toma como punto de partida de sus reflexiones el debate que tuvo lugar hacia 1800 entre cosmopolitismo y nacionalismo, el cual preparó, en buena medida, el terreno para el surgimiento de los estudios literarios (*Literaturwissenschaft*) y la historia (*Geschichtswissenschaft*), disciplinas gemelas encargadas de dotar de

contenidos específicos, literarios y/o historiográficos, a la nación en ciernes, dimensión que para Goethe no sería indispensable. En su análisis, Gumbrecht pone en juego también el concepto de revolución para diferenciar las trayectorias de países como Francia, que tuvieron una revolución, y países como Alemania o Italia, que no vivieron una. Este aspecto permitiría explicar el desarrollo de la *Literaturwissenschaft* alemana como una disciplina académica inscrita en el desarrollo de una conciencia histórica particular que trascenderá sus fronteras tras la guerra franco-prusiana de 1870. En ese contexto germinaría una noción de “lo clásico” o una selección de “textos eminentes” (Gadamer) como base para el establecimiento de un canon universalista de la literatura. Esto significaría que los lectores dejaron de diferenciar entre lo propio y lo ajeno, lo nacional y lo no nacional.

Con base en estas premisas, Gumbrecht se pregunta si en la globalización actual es posible desarrollar un concepto más fértil y complejo de literatura universal. La apuesta de Gumbrecht en torno a la reconceptualización del significado de ‘literatura universal’ gira en torno a dos condiciones iniciales: 1) inscribir dicha universalidad en lo local —evitando así los escollos tanto de lo nacional como de lo global—, concebido como un universo con derecho propio, plural y policéntrico, como lo puede ser una región, una ciudad o un paisaje, entidades a las que subyacen otras zonas periféricas, no centrales y abiertas, pero que “le dan unidad a los objetos que abarcan”; 2) y, sobre todo, que esta universalidad implica, dadas las tendencias apuntadas también por Hartog y Schlögel, la reivindicación de lo espacial en detrimento de la temporalidad historicista. Para Gumbrecht esta universalidad puede ser examinada a partir de una noción valorada por el joven Goethe: *Stimmung* (ambiente, atmósfera, estado de ánimo, etcétera) y sus variantes semánticas. Todo “lugar” está rodeado y cargado de un ambiente, de una atmósfera particular; todo espacio es un medio transmisor de atmósferas, creador de ambientes que dictan qué hacer y cómo moverse, como los cambios de clima que “producen ambientes”, crean “tonalidades psíquicas” y median, por tanto, “entre las emociones y la razón”; dichos “ambientes” constituyen “la sustancia de los mundos locales”. Para Gumbrecht, el mejor ejemplo de esta conjunción de lo local y lo global ocurre en la literatura vanguardista del siglo XX en escritores como Joyce, Proust, Musil, Pynchon y otros. Entre más localmente densos, más universales literariamente. Otra manera de nombrar la particularidad histórico-cultural de nuestro presente “dilatado” (Gumbrecht 2010) sería una forma de reivindicar lo presente en medio de un entorno marcado por una virtualidad infinita y abstracta, propia del fenómeno de la globalización en la que no es posible sentirse completamente “en casa”.

En *Globalização e história global*, George Zeidan Araújo nos ofrece una semblanza de las distintas definiciones de la globalización y sus variantes, así como sus cambios en los últimos años. El artículo se pregunta por la existencia y la viabilidad de una historia global (¿cómo escribir historia en tiempos de globalización?) y sus diferencias respecto a la historia universal y la historia mundial que la precedieron. Para hacerlo, rastrea la historia del concepto de lo ‘global’. Parte inicialmente desde el latín hasta finales del siglo XIX y comienzos del XX, cuando era usado como “referente a todo el mundo”; continúa con la década de 1960, cuando Marshall McLuhan lo asocia a los medios de comunicación; y concluye con su popularización en la actualidad, que hace que sea difícil de delimitar por parte de las ciencias sociales, bien sea como proceso, condición, sistema, fuerza o época. Tras repasar algunas definiciones, el texto discute la idea de “glocalización”, de Swyngedow, que reúne lo local/regional con lo transnacional/supralocal, y llama a superar, a partir de la postura de Iriye, la historiografía que se estableció en el siglo XIX y se desarrolló en el XX, para reemplazarla por una historia con perspectiva global que vaya más allá de los límites del Estado nación. Asimismo, presenta algunas soluciones parciales de las últimas décadas al problema conceptual de la globalización.

Fábio Franzini, en su ensayo *A historiografia brasileira em tempos globais: algumas considerações*, observa que hay una relación clara y directa entre la importancia que ha adquirido la reflexión historiográfica y epistemológica en Brasil y el fenómeno de la globalización. El artículo señala que la necesidad de lidiar con los problemas teóricos e historiográficos propios de la producción del saber histórico es un reto general para la historiografía internacional, más allá de los límites impuestos por las pertenencias nacionales. Sin embargo, se asume que puede haber una relación asimétrica en los intercambios historiográficos entre las diferentes regiones. Visto desde Brasil, es necesario participar en el flujo de problemas de manera crítica y rigurosa, evitando sobre todo la tendencia a participar en dicha dinámica de manera acrítica por intentar no quedarse fuera de las “modas” historiográficas, y estar atentos a cuestiones que parecen impuestas o que llegan desde fuera y que no harían sino reproducir el modelo de las relaciones centro-periferia dominante. Lo único cierto es que en la situación actual es necesario no renunciar a la “teoría” como herramienta para transformar lo que parece ser una amenaza en un detonante para el esclarecimiento de la profesión histórica en una época crítica. Se trata sin duda de una cuestión central: ¿cómo reaccionar activa y reflexivamente desde cada uno de los lugares en los que se fabrica la historia frente a los efectos de múltiples y disímiles influencias

que parecen llegadas de “otros mundos”, a fin de esclarecer lo que parece ser un problema compartido a nivel internacional?

En *La historia global y sus avatares. De los estudios sobre la globalización a los enfoques globalizantes*, Juan Andrés Bresciano nos ofrece una relación pormenorizada del estado de los estudios historiográficos sobre la globalización, en la cual han tenido que ver, según Bresciano, tanto factores externos como factores propios de la evolución de la disciplina. Así, se puede ver cómo la microhistoria ha cedido su lugar a la macrohistoria, que se centra en los procesos globales de interdependencia, las hibridaciones socioculturales y las transculturaciones entre las diversas regiones del mundo a lo largo de la historia. También se observa el resurgimiento de la sociología histórica, dejando ver su impronta teórica y metanarrativa. El autor advierte, asimismo, que esta corriente historiográfica se diferencia de esfuerzos anteriores relacionados con la historia universal o la *world history* en la medida en que se busca trascender cualquier tipo de etnocentrismo, a fin de ofrecer lo que Bertrand denomina la historia “a partes iguales” (Bertrand 2015: 16). El levantamiento de la literatura historiográfica estaría organizado también a partir de su referencia a diferentes lugares, regiones, Estados y ciudades. Finalmente, no deja de tener interés el impacto de la globalización en la configuración de nuevas subespecialidades relacionadas con los diferentes campos de estudio (económico, político, social y cultural). Con esta triple desagregación (espacial, temporal y sectorial) el informe nos transmite la sensación de un mundo historiográfico que tiende a disgregarse y hasta cierto punto desbordarse. Cabría preguntarse qué tanto se trata de una moda pasajera o señala una condición básica duradera para el futuro de la historiografía.

En *La multiplicidad en el discurso historiográfico como síntoma del capitalismo global*, Lizette Mora sostiene que en el marco de la globalización hay una tendencia a la pluralización de los discursos históricos, la cual es atribuible a la capacidad del sistema económico capitalista para liberar y multiplicar el tipo de narraciones históricas. No obstante, la autora se pregunta en qué medida dicha proliferación de discursos históricos encubre conflictos que no han podido ser procesados culturalmente. Más allá de los relatos historicistas y progresistas, la autora recurre a la noción de “paralaje” o marasmo, que delataría la presencia de conflictos no resueltos y permitiría entrever si el lugar donde se realizan las narraciones repercute o no en la manera de situarse en el presente. Así, propone que las preguntas sobre el futuro se encuentran en el pasado, en otro tiempo: el “antefuturo” acompañado de la reconstrucción que los historiadores hacen del pasado. Lo real no representado, no procesado, esa parálisis es lo que permitiría explicar la proliferación de las historias en este periodo de globalización. Partiendo de

Žižek (y su lectura de Lacan), indaga en el “resto”, que como significante en un campo simbólico se reitera como repetición o síntoma, para abrir un análisis histórico que extrae del olvido lo subjetivo. Con base en De Certeau (y siguiendo a Freud) discute la cuestión de las “huellas” que las “escenas primitivas” dejan en la estructura de la psicología colectiva, y retoma a Karatani para señalar que los “huecos” se repiten como “retorno de lo reprimido”. Asimismo, la autora describe la búsqueda de reconocimiento en el orden democrático liberal, y afirma que en lo “políticamente correcto” prevalecen formas ocultas de perpetuar la violencia (racista, sexista, etc.), mientras el Capital queda asociado a los valores occidentales que son la base del derecho de humanidad, de tal modo que la exclusión es, paradójicamente, el elemento “que articula la idea de comunidad”.

Desde su nacimiento como disciplina académica la historiografía ha intentado imitar el curso que han seguido las ciencias naturales o exactas. Sin embargo, quizá por el intento de formalizar la historia (y las humanidades) como una disciplina autónoma, no siempre ha hecho seguimiento a la evolución de las ciencias en el siglo XX, lo cual ha sido criticado incluso por los mismos historiadores. Algo similar puede suceder si se ignora que la historiografía también depende de la historia de la tecnología. En su ensayo *Las humanidades digitales y el oficio del historiador*, Luis Ferla se propone acercar los dos campos mostrando la importancia de los desarrollos tecnológicos recientes para la ciencia y las humanidades, en particular los que tienen que ver con las tecnologías de la información y la cultura digital, las cuales se han vuelto constitutivas del quehacer cotidiano y están impactando al mundo de la ciencia y de la cultura en general. Si bien el internet y la enseñanza a distancia van ganando mayor presencia en los sistemas educativos, su impacto en el trabajo del historiador todavía no ha llegado a ser un asunto central. No obstante, el acceso a la documentación histórica se democratiza rápida e irreversiblemente gracias a la disponibilidad creciente de acervos completos. Por otra parte, la separación entre productor y consumidor de conocimiento está perdiendo nitidez en la estela de la llamada web 2.0, que no solo permite acceder a estudios e investigaciones, sino también trabajar de forma colaborativa. La reflexión de Ferla propone abrir el debate en torno a las articulaciones entre la tecnología de la información y la producción de conocimiento histórico a fin de identificar desafíos y oportunidades. En particular llama la atención sobre las tecnologías de Sistemas de Informaciones Geográficas (SIG), las cuales han ido ganando terreno en las últimas décadas entre historiadores y geógrafos. La incorporación privilegiada de la dimensión espacial en la agenda de investigación no solo posibilitaría el enriquecimiento de las temáticas y la capacidad de integración de distintas tipologías

documentales, sino que también podría suministrar nuevas perspectivas analíticas e interpretativas.

En su ensayo *Modernidade, presentismo e perspectivismo ameríndio – Um ensaio de epistemologia comparada das humanidades*, Francine Iegelski pone en juego las relaciones entre antropología e historia a partir de las reflexiones de Koselleck y Hartog sobre la historia y la temporalidad, así como las propuestas posestructuralistas de Lévi-Strauss retomadas en la obra de Eduardo Viveiros de Castro y Tania Stolze Lima como punto de partida para hacer una crítica de la modernidad desde la epistemología amerindia, la cual tendría su propia concepción de temporalidad. En ese sentido, se reconoce la nueva importancia de la dimensión temporal en las formas de escriturar la historia, haciendo uso de la noción de “régimenes de historicidad” de Hartog, quien la presentó por primera vez en una reseña de 1983 en la que retoma a Lévi-Strauss para criticar la idea de progreso del hombre moderno occidental. La autora discute la noción de “multinaturalismo” de Castro, la cual afirma “la naturalidad de la variación” como manera de conjugar lo múltiple (y que para los amerindios incluye a lo cultural), sugiriendo que desde la etnología sudamericana se muestra otra ontología diferencial de la temporalidad. Asimismo, presenta una instantánea de autores de la antropología brasileña que piensan la modernidad desde el prisma amerindio, y aboga por su pertinencia, casi como una provocación intelectual. Desde allí, establece un vínculo con historiadores que han reflexionado sobre la modernidad.

Federico Navarrete Linares, en *Hacia una cosmohistoria: las historias indígenas más allá de la monohistoria occidental*, propone la noción de ‘cosmohistoria’ como aquella cuya tarea es “comprender el funcionamiento de las diferentes historicidades en sí mismas [y] sobre todo vislumbrar sus duraderas y complejas interacciones con las historias occidentales y la manera siempre precaria y cambiante en que han negociado verdades compartidas”, en particular para las áreas de contacto con indígenas de América Latina. El autor parte de la pregunta por la crisis de los presupuestos históricos e historiográficos de Koselleck, Hartog, Mudrovic y Gumbrecht, y se apoya en visiones etnológicas y antropológicas de Latour y Viveiros de Castro, desarrollando las preguntas que se hace Taussig a partir del caso del curandero Santiago Mumumajoy, cuya visión de los hechos “del pasado” no es objetivista ni cronológica sino similar a la de Walter Benjamin. Lo anterior para proponer procedimientos para una lectura cosmohistórica de América en lugar de una lectura monohistórica. La cosmohistoria parte también de la premisa de romper con la pretensión etnocentrista occidental y de sus controles, y le apuesta a ser responsable con el otro de los diferentes mundos históricos, transitando de uno a otro, pero en un diálogo creativo enmarcado

por las relaciones interdisciplinarias entre la filosofía, la historiografía y la antropología.

En su artículo *La historia de América Latina como puente entre la historia global y los estudios regionales*, Stefan Rinke explica las dificultades y el potencial de la relación entre la historia global y la historia latinoamericana. Partiendo del panorama institucional actual y de un recuento del desarrollo de los estudios regionales y la historiografía latinoamericana —tanto dentro como fuera de América Latina— el artículo analiza las dificultades que explican la poca acogida que ha tenido la historia global en Latinoamérica y, a su vez, la falta de protagonismo de la región en la historia global. A pesar de las barreras de índole institucional e ideológico, y de las diferencias de formación entre los historiadores e historiadoras que se dedican a Europa y los que estudian otras regiones, el autor propone que la interacción entre América Latina y la historiografía global presenta enormes oportunidades, entre ellas la posibilidad de expandir el horizonte temporal de la historia global, a menudo concentrada en los siglos XIX y XX, y arrojar luz sobre el rol de América Latina en los movimientos y los acontecimientos globales de los siglos XIX y XX. Además, la historiografía latinoamericana, y en general la historia enmarcada en los estudios regionales, también serviría para promover “la conciencia de la variedad de caminos de desarrollo humano y, en principio, la apertura de la historia”, ambas necesarias para evitar caer en narrativas occidentales o eurocéntricas.

El artículo de Ingrid Simson *Los desafíos de la historiografía en tiempos globales: verdades, ficciones, anécdotas, el flâneur y la obra maestra inacabada de Walter Benjamin*, parte de la intrincada relación entre la historia global y la globalización actual, y los múltiples encuentros y desencuentros entre la literatura y el discurso historiográfico, para preguntarse hasta qué punto la historia global ha desarrollado estrategias de escritura innovadoras que le permitan transmitir la complejidad de los procesos que estudia. Tras un recorrido por los orígenes de la diferenciación entre literatura e historia, el artículo hace un recuento de las polémicas asociadas al llamado “giro lingüístico” de la segunda mitad del siglo XX, para proponer nuevas formas de usar la ficción en la escritura histórica en la que esta sea más que una herramienta necesaria y contribuya a que el discurso historiográfico reflexione sobre sí mismo. Con este fin, la autora analiza dos modelos que podrían servir a este propósito: el *New Historicism*, fundado por Stephen Greenblatt, y la escritura deambulante del *flâneur*, propuesta y puesta en práctica por Walter Benjamin en varias de sus obras, especialmente en su obra póstuma *El libro de los pasajes*. A pesar de ser controvertidas, Simson sostiene que ambas propuestas pueden orientar nuevas formas de escribir la historia. La forma

como el proceder de Benjamin dilucida vínculos y relaciones mediante la exploración de múltiples combinaciones de pasajes y citas sería especialmente prometedora para el estudio de las interconexiones globales.

Para concluir, en *De lo global a lo posnacional: el caso de Iberconceptos* Guillermo Zermeño Padilla se plantea que en medio de la crisis actual las sociedades intentan resarcir su imagen ordenada temporalmente. Lo anterior sin soslayar que las circunstancias y condiciones de las sociedades del siglo XIX eran muy diferentes a las actuales, y que el futuro ya no puede ser contemplado como resultado del pasado. En este caso, la historiografía se exhibe como un campo que debe buscar elaborar una nueva comprensión temporalizada de las sociedades sin caer en los reduccionismos clásicos del siglo XIX. Un aspecto a tener en cuenta sería la actualización de uno de los principios que articularon el surgimiento de la historiografía moderna: cada época tiene su propio presente, su propio pasado y su propio futuro. El artículo no pretende hacer una concesión fácil al relativismo historicista, sino enfrentar, con Koselleck, el problema que surge cuando se intenta la comprensión temporalizada de las sociedades concebidas como sistemas dinámicos que combinan reiteración y redundancia con cambio incesante. El ensayo toma como ejemplo el caso de Iberconceptos, un proyecto de investigación en el que han colaborado varios países iberoamericanos, con el fin de realizar un ejercicio de semántica histórica que conjuga temporalización con producción de significados. Desde esta óptica, la historia conceptual, en su talante crítico, solo sería el preámbulo para la formulación de una nueva teoría histórica de la sociedad moderna en tiempos de la globalización. Uno de los desafíos principales de esta empresa es cómo trascender los binomios clásicos —centro/periferia, “aquí”/“allá”— con una óptica poscolonial y posnacional. La impronta “posnacional” de la nueva globalización requeriría restablecer el entrecruzamiento de disciplinas afines como la filosofía y la literatura o la antropología y la sociología, sin perder de vista el trasfondo de la comprensión de lo social y su historia. Sería una “historiografía descentrada” situada en los intersticios de espacios intermedios, transfronterizos, disciplinarios.

Finalmente, queremos agradecerles a los responsables del Colegio Internacional de Graduados “Temporalities of Future” por incluir este volumen en su programa y a la Deutsche Forschungsgemeinschaft (DFG) el apoyo financiero. También queremos agradecerles a Douglas Valeriano Pompeu, Monai de Paula Antunes, Pilar Vallés, Gonzalo García, Juan Diego Otero, Fernando Baldraia, Kenya Herrera y Cuauhtémoc Pérez Medrano por su trabajo en la corrección y la traducción de los artículos. Agradecemos especial-

mente a Andrea Garcés Farfán y Carlos Pérez Ricart por su apoyo incansable en la coordinación de esta recopilación, y su ayuda con las traducciones y la corrección de estilo.

(...)